

La Santa Misa - Asistir a la Misa versus Ir a la Iglesia –

Parte 3 de 4

El pasado domingo 15 de agosto del 2021, Solemnidad de la Asunción, se restableció la obligación de asistir (estar presente) a la Misa en persona para los cristianos católicos que viven en la Arquidiócesis de Filadelfia. Esto significa que debemos estar presentes en la Santa Misa los Domingos y días de preceptos. Nuestra ausencia lleva consigo el dolor del pecado grave. Las excepciones a esta obligación normalmente consisten en aquellos obstáculos que plantean factores graves físicos (enfermedad) o morales (exceso de miedo, ansiedad, etc.) que harían difícil, si no imposible, asistir a la Misa.

Durante las últimas semanas hemos considerado de dónde viene la obligación de asistir a la Santa Misa cada domingo. Aprendimos que nuestro recuerdo de la Pasión, Muerte y Resurrección no es solo externo sino que literalmente nos cambia desde adentro. Como tal, la Iglesia requiere que sus hijos e hijas estén presentes fielmente en este memorial cada domingo, el Día del Señor definitivo. A veces, nuestra participación en la misa puede no estar sincronizada con lo importante que se nos dice que es. En el Concilio Vaticano II, los Padres conciliares reconocieron este mismo problema (es muy antiguo). Como resultado, buscaron alentar a las personas a *participar activamente* en el sacrificio de la Misa. ¿Qué significa esto?

La *participación activa* no significa "hacer" algo en particular, sino estar plenamente consciente y presente a lo que Jesús está haciendo en nombre de su pueblo. En español, el verbo que se usa para describir "ir a misa" (nuestra expresión en inglés) es asistir (asistir o atender). En inglés, el término fue y todavía es usado por algunos para describir su asistencia a la Santa Misa. La idea de "asistiendo" la Misa da la impresión de que alguien necesita estar haciendo algo para estar en la Misa. Sin embargo, la expresión implica algo mucho más que simplemente ejecutar una función.

Los Padres del Concilio Vaticano II se propusieron ilustrar la forma en que los fieles laicos participan en la vida de la Iglesia. Creo que sus palabras nos ayudan a comprender cómo todos los que asistimos a la Misa estamos llamados a hacerlo. Ellos enseñan:

“... los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirablemente llamados y dotados, para que en ellos se produzcan siempre los más ubérrimos frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor.”¹

Algunas de las cosas inmediatas que hacemos para prepararnos para la Misa pueden ayudarnos a hacer conscientemente una ofrenda de toda nuestra vida a Dios a través de Jesucristo. Tomarse el

¹ Lumen Gentium 34

tiempo para leer la Palabra de Dios que será proclamada de antemano es una parte importante de nuestra preparación. El ayuno de una hora de comida y bebida (excepto agua / medicamentos) nos recuerda físicamente al huésped absolutamente único que nos preparamos para recibir en nuestro corazón. Cuidarnos de vestirnos y arreglarnos bien para la Misa nos recuerda el hecho de que nos arrodillamos en presencia del Rey de reyes que se digna llamarnos a ti y a mí sus hermanos y hermanas.